

EL NACIMIENTO DE LA SOCIOLOGÍA EN ESPAÑA:

MANUEL SALES Y FERRÉ.

PRESENTACIÓN (22-XI-1999)

Palabras del Excmo. Sr. D. Rafael Puyol Antolín
Rector Magnífico de la Universidad Complutense

Me apresuro a felicitar al profesor Núñez Encabo por la reedición, veintitrés años después, de un libro doblemente valioso y, por lo tanto, necesario.

El nacimiento de la sociología en España: Manuel Sales y Ferré es un libro pensado, elaborado y escrito a conciencia y por todo ello meritorio. En primer plano asistimos a los orígenes balbucientes de una ciencia nueva que se desarraiga del tronco común del saber y se desarrolla generando su propio método, su propio objeto y su propio vocabulario y explorando desde ahí una parcela concreta y fronterizada, aunque expansiva, de un mundo que antes de ser contemplado con los lentes de la ciencia se nos muestra opaco.

Pero podemos observar también muy de cerca una panorámica completa de la cultura en el trance finisecular. Lo que el hombre sabía o sospechaba del hombre, de su sociedad y de su historia, en el cruce de siglos se cataloga en este libro con rigor e incluso con detalle.

Pero este libro del profesor Núñez Encabo no es menos meritorio y necesario por su tema. Porque rescata del olvido a un intelectual singular cuya evolución del krausismo al positivismo, cuya peripecia académica de la Filosofía a la Historia y a la Sociología es acaso menos relevante que su vocación absoluta por el cultivo y el progreso de la ciencia. Su actividad polifacética tiene ese rasgo común y definitorio en un momento en el que el rigor científico solía pesar menos que las apetencias personales o partidistas. Vocación no sólo por la investigación y el estudio, sino también por la docencia: sus dotes de pedagogo lo señalan como modelo del profesor, del que profesa en la profesión por antonomasia. Al no prosperar el positivismo en España, la obra sociológica de Sales y Ferré no fue lo suficientemente aplaudida y difundida, pero eso no le quitó prestigio ni afecto y admiración entre sus discípulos. Antonio Machado fue alumno suyo en Madrid y a él se refiere en varias ocasiones llamándole «maestro».

No faltaron entonces, a finales del siglo pasado, buenos maestros; pero en nuestro panorama cultural era mucho más infrecuente la figura del científico. Si en

el cruce de siglos hubiéramos tenido muchos talantes como el de Sales y Ferré, sin duda se hubiera ahorrado España la resaca de melancolía que sucedió al desastre del 98. Porque es lícito conjeturar que se hubiera ahorrado incluso el propio desastre. Pero es ocioso especular sobre lo que pudo haber sido y no fue; es estéril, salvo como ejercicio de entretenimiento, especular sobre cómo hubiera sido la historia del mundo de no haber sido como fue la nariz de Cleopatra.

Lo que es cierto es que la resaca de pesimismo, de inteligencia airada, de quejumbre, de urgencia reformista convertida en literatura que originó la humillación de la derrota en 1898 obligó a los españoles a un examen de conciencia narcisista y obsesivo que se preanuncia en el Unamuno de *En torno al casticismo* y en el Ganivet de *Idearium Español*; obras fundacionales que consagran en España el ensayo como género literario característico del siglo xx. Son la modulación literaria de discursos anteriores más directamente políticos como *Los males de la patria* de Lucas Mallada o *El problema nacional* de Ricardo Macías Picavea; emblemas del regeneracionismo que se convierte entonces en un anhelo recurrente e inoxidable ante el transcurso del tiempo. Estos son títulos y autores convenientemente celebrados y recordados. No así Sales y Ferré, amigo de Macías Picavea, y que en coincidencia con él es uno de los primeros pensadores que se refieren de manera muy concreta a la crisis político-social que afecta a España a finales del siglo xix. La diferencia es que Sales y Ferré se refiere a estos asuntos no como político o como doctrinario o arbitrista sino sólo y siempre como científico.

Eso lo convierte en atípico, desde luego, pero sobre todo hace de él una personalidad imprescindible. Sorprende, por lo tanto, que hasta hace poco tiempo haya sido un autor escasamente citado y nunca estudiado. Algo han cambiado las cosas y esa nueva sensibilidad se la debemos al profesor Núñez Encabo, cuya primera edición de este libro sirvió para proyectar luz sobre la figura y la obra de Sales y para indemnizar al maestro de una injusticia histórica. Gracias a Núñez Encabo a Sales le es reconocida hoy su pertenencia por derecho propio a la generación de sociólogos europeos que, como Durkheim y Max Weber, ayudaron a consolidar la nueva ciencia en sus países respectivos. No olvidemos que en 1900 es nombrado vicepresidente del Instituto Internacional de Sociología con sede en París.

Hay otra virtud que no quiero dejar de subrayar en este libro, me refiero a algo que todo libro tiene la obligación de dar para no defraudar: el placer del texto, el disfrute de la lectura. Si después de leer un libro seguimos siendo el que éramos, si ese libro no ha cambiado siquiera un poco nuestra percepción, si no ha ampliado nuestra inquietud, si no ha mejorado nuestra perspicacia, si no ha deteriorado incluso alguna de nuestras certezas, hemos perdido el tiempo. Desde lue-

go, no sucederá tal cosa a los lectores de esta obra del profesor Núñez Encabo que aunque es filósofo del Derecho, o tal vez por ello, es un intelectual de amplio espectro con especial querencia por la sociología.

Creo que la sociología arranca, ya con Augusto Comte hace 160 años, más que de una constatación, de un proyecto, de un deseo, de un optimismo de la inteligencia. Frente a otras sentencias tal vez más realistas, creo que arranca de esta otra: «*Homo homini, socius*». Más que afirmar que así sea, aspira a que sea así porque las ciencias sociales no sólo investigan la realidad, sino que quieren influir sobre ella. Lo cual es necesario. Y si el hombre ha de ser un socio para el hombre, conviene investigar las fuerzas que dirigen el cambio social tanto como los mandatos del conflicto. Ese reto pone a la sociología ante un campo inmenso que explica su expansividad, es decir, el hecho de que ya desde sus comienzos sufriera un proceso de generalización hasta abarcar toda suerte de conocimiento sobre el hombre en sociedad con pretensiones científicas. Esa es, sin duda, la razón por la que un filósofo del Derecho como Núñez Encabo acaba recalando en la Sociología. Y lo mismo vale para Sales y Ferré que era filósofo e historiador.

Cien años después, es muy conveniente mirar hacia atrás para saber de dónde venimos y por eso este libro, que habla del pasado, ayuda también a entender la actualidad. Lo que actúa sobre la conciencia del presente. En la sociedad actual, postindustrial, abierta, ultramoderna; trezada, pues de tensiones, eclosionan fenómenos novedosos que no podemos ignorar: la gran pobreza, la urbanización, los conflictos sociales clasistas, la inmigración, la mundialización. Ya no vivimos en una *polis*, sino en lo que los griegos consideraban su negación: la *megapolis*, la ciudad política que ha perdido toda proporción humana. El abrigo que el grupo primario proporcionaba ha desaparecido de nuestras vidas. Antes de la modernidad, los hombres se interperpetuaban a través de unas redes de relaciones de reciprocidad que representaban una traba, pero que garantizaban una condición y un lugar. «La aristocracia —dice Tocqueville— había hecho que todos los ciudadanos formaran una dilatada cadena que iba del campesino al rey». Pues bien, la «gran sociedad» de la que habla Hayek, la sociedad abierta que teorizaron Bergson o Popper, quiebra la cadena, pone cada eslabón aparte.

Pero la sociedad sigue existiendo, quiera o no quiera el individuo. De hecho vivimos en una sociedad mundial, aunque dualizada. El Norte penetra en el Sur como el Sur está presente en el Norte. Hay barrios americanos o europeos en el Sur, lo mismo que los hay latinoamericanos, africanos, árabes y asiáticos en las ciudades y los centros industriales del Norte. Como ha escrito Touraine: «*One world* no es sólo una llamada a la solidaridad, es ante todo un juicio de hecho». La socie-

dad abierta ya no es un orden, una jerarquía, un organismo, está hecha de relaciones y, por lo tanto, de tensiones de actores definidos al mismo tiempo por sus orientaciones culturales, por sus valores y por sus relaciones de conflicto, de cooperación o compromiso. En ese territorio apasionante se mueven los sociólogos con sus teorías y su cada vez más rico andamiaje conceptual. En España la piedra fundacional de esa ciencia se puso el 20 de febrero de 1899 cuando la Universidad Complutense, que aún no se llamaba así, dotó la primera cátedra de Sociología que ocupó el profesor Don Manuel Sales y Ferré.

Hacer transparentes los fenómenos sociales es tarea de la sociología, que nos hace humildes en tanto que previsibles. Uno a uno cada hombre es un enigma cuyo devenir es inescrutable, pero todos juntos son previsibles. O sea, que aunque escapemos del grupo enarbolando la bandera del individualismo, la sociología nos vuelve a meter en la fila y nos hace, en tanto que interdependientes, que seres sociales, previsibles.

Ahora bien, contra lo que creen los partidarios de la teoría conspirativa de la historia, contra lo que postulaban los doctrinarios, los arbitristas o los políticos del siglo XIX español, Manuel Sales y Ferré supo ya ver que la Sociología no se enfrenta a fenómenos organizados, con su sede central, su comité ejecutivo y su archivo de declaraciones programáticas, se enfrenta a fenómenos propios del tiempo, escurridizos y perversamente ectoplasmáticos, que sólo pueden ser comprendidos y embridados desde el método y desde la ciencia.

Fue necesario que lo dijera hace cien años Sales y Ferré y es preciso que en los mismos umbrales del siglo XXI lo sigamos recordando nosotros.

Y nada más, sino felicitar muy sinceramente al profesor Núñez Encabo por la permanencia de este libro en el escenario de la cultura y agradecerles a todos ustedes la atención que me han prestado.

Muchas gracias.